

LE TOCÓ AL ORDENANZA

Por: Miguel Alfonso Barrera Fernández

CONCURSO DE RELATOS DEL X DÍA DEL PÍNFANO (2013)

Corría el año 1952. Lugar Academia Preliminar, llamada vulgarmente "El Alto". Situación: Carabanchel Alto. Su nombre era CHOE, es decir, Colegio de Huérfanos de Oficiales del Ejército donde se preparaban para su ingreso en la Academia Militar de Zaragoza, los hijos de los militares que habían muerto durante la Guerra Civil española.

Lo que quiero resaltar en este escrito es el ambiente que se vivía en este internado, el compañerismo, la disciplina y sobre todo las características de la picaresca de los actos diarios de los que los aspirantes a cadetes hacían más llevadera y sobre todo mucho más simpática la estancia en el centro.

Como es natural aquel día, le tocó al Teniente Coronel, Jefe de Estudios, que por sus características y manera de ser, era objeto de situaciones graciosas que como ésta voy a escribir.

En breves líneas voy a intentar dar una visión de este personaje. De estatura más bien baja y de constitución regordeta. Pero lo que resaltaba de él, era su voz, pues la tenía como atiplada, como si le saliera de un tubo con aire, como así era, ya que cada vez que articulaba una palabra era objeto de risa, claro de forma que no se enterara porque también era muy amigo de arrestar por cualquier motivo.

Tenía su despacho en la entrada, justo al lado del que ocupaba el Coronel Director. En el rincón que hacía la pared de ambas estancias, se situaba un soldado de los que estaban haciendo el servicio militar para diversos menesteres, y este era el que los altos jefes le ordenaran.

Ni que decir tiene que el pobre soldadito perdía el culo cada vez que le llamaban.

Por la parte de afuera y sin que el soldado se diera cuenta y tampoco el inspector de guardia o alguno de los oficiales que estuvieran por allí, ya que era la zona principal del edificio, estaba un alumno (no me acuerdo de su nombre) que imitaba perfectamente la voz del Teniente Coronel. Este con una perfecta actuación decía "Ordenanza" el muchacho abría la puerta diciendo "a la orden de vucencia, mi Coronel".

El Jefe le decía: ¿Qué pasa? ¿Si no te he llamado? Así hasta cuatro o más veces que salía de su despacho con una leche de mil pares de narices, llamando al oficial de guardia para decirle que lo arrestaba por no cumplir con la obligación prestada.